

Dió por fin la hora en que las iglesias se cierran, y el sacristan se acercó á decirle que se retirara: ella alzó la cabeza como si saliera de un sueño penoso, se levantó con trabajo, y echó á andar hácia la puerta, subiendo al coche maquinalmente.

Cuando éste se detuvo á la puerta de la embajada, abrió la puerta el lacayo: pero Carmen no bajó, ni se movió siquiera; estaba desmayada.

Trasportada á su cuarto, y acostada en seguida, fué acometida de una fiebre violenta, y la buena Arabela la oyó exclamar muchas veces:

—¡Dios mio, qué será de mí! ¡qué será de mi hija!... ¡qué será de todos nosotros!

Dos ó tres veces durante la noche quiso arrojarse del lecho; y contenida por Arabela y por su hija, que no se separaban de la cabecera de su cama, gritaba:

—¡Dejádme!... ¡dejádme!... quiero recoger esa carta... que me devuelvan esa carta... la quiero... la necesito...

La postracion más profunda seguia á estos accesos, que ni su hija ni la inocente Miss, podian comprender.

Pero cuando entraban en el aposento Lord G. ó su hijo un terror invencible, mortal, cerraba sus labios: entonces no se atrevia ni á murmurar una palabra, ni á dejar escapar un suspiro, y parecia esperar su sentencia de muerte con un terror mudo y supersticioso.

La pobre mujer tenia razon en temer: una tempestad de sangre y lágrimas se formaba sobre su cabeza, y la sentia venir y aproximarse á ella, y á todos los que amaba.

X.

Siete dias más tarde, se ejecutaba en el teatro del Príncipe una de las mejores obras del repertorio antiguo.

Desempeñábanla los primeros actores, y la sala del coliseo se hallaba completamente llena.

Un jóven pálido, enflaquecido y vestido de negro, se sentó en la primera butaca de una fila, y pareció esperar con calma la representacion.

Este jóven tenia una fisonomía espiritual y simpática: era muy moreno, y sus cabellos y sus ojos eran negros y magníficos.

Poco despues de haberse sentado él, llegó Osvaldo: la butaca á que estaba abonado se hallaba situada en la misma fila que la que ocupaba el jóven vestido de luto.

—Caballero, le dijo este con acento hostil y agresivo, me ha pisado Vd.

Osvaldo iba á responder el usual *Vd. dispense*, pero miró casualmente el semblante del que le hablaba, admirado del eco de su voz.

Conoció á Benedicto, y se encogió de hombros con desden.

El jóven se levantó como un tigre mordido por una víbora, y antes de que nadie se apercibiese de ello, descargó una terrible bofetada en la mejilla izquierda de Osvaldo.

El ultrajante golpe, resonó en todos los ambientes de la sala.

—¿Qué ha sido? ¿qué sucede? preguntaron varias personas.

—Un jóven vestido de luto que ha abofeteado al hijo del embajador inglés.

—¿A ese rojo que es tan necio como vano?

—¿Al protegido del duque de Z.?

—Al mismo.

—Me alegro: alguna vez habia de encontrarse con lo que necesita.

—Es cierto.

—De fijo que ese jóven vale más que él.

En tanto que se hablaba así, de propósito ó sin advertirlo, abrieron paso á Benedicto: este, antes de salir de la sala, dijo en voz baja á Osvaldo, que furioso se habia vuelto para devolverle el golpe que de él hacia recibido:

—Al amanecer en las tapias del Retiro.

Dicho esto, desapareció.

Osvaldo volvió á su casa; entró en la habitacion de su padre, que se hallaba en ella, y con voz sofocada por la cólera, le contó lo ocurrido.

Lord. G. alzó los ojos al cielo: aquel hijo era lo que amaba más en el mundo, y por ese

fanatismo de raza, tan comun en las nobles familias, y sobre todo en las inglesas, en él fundaba todas las esperanzas de engrandecer su nombre.

Es, pues, indescribible el dolor que traspasó su corazon al saber aquel duelo: sin embargo, su fisonomía cobró bien pronto su austera calma, y dijo á su hijo:

—Dios te proteja en ese duelo, y te conserve para mí.

—Señor, repuso Osvaldo con voz fria y amarga: los segundos matrimonios de los padres, traen la muerte ó la desgracia para los hijos del primero.

Estas crueles palabras anonadaron al anciano, que inclinó la frente con sombría desesperacion.

Osvaldo, sin añadir una palabra más, se dirigió á su habitacion.

En cuanto á Lord G., permaneció algunos instantes, pálido, helado ó inmóvil: luego se levantó, y fué con lento paso al cuarto de su mujer.

Esta se hallaba recostada en algunas almohadas: la fiebre habia cedido algun tanto; pero en sus pálidas mejillas y en sus abatidos ojos, estaban impresas las indelebles huellas de los remordimientos.

María estaba sentada á la cabecera, envuelta en un peinador, y Arabela disponia una de

sus tisanas favoritas, sobre una mesita inmediata.

Lord G. fué á sentarse cerca del lecho, y dijo con voz sorda y lenta, como si la angustia ahogase su acento.

—Señora, mi hijo va á batirse á muerte.

—¡Qué! ¡á batirse! gritó Cármen por cuyo cuerpo corrió un estremecimiento mortal: ¡á batirse! ¡cuando!... ¡cómo!

—¿Cuándo? á la aurora. ¿Cómo? á muerte.

—¡Dios santo! mi carta... mi carta gritó la desgraciada cubriéndose el semblante con las manos.

—¡Ah! ¡conque Vd. ha llamado al espadachin? gritó Lord G., que parecía recobrar un vigor extraordinario: ¿con que ha sido Vd., señora?...

—¡Sí, sí! ¡yo he sido! ¡yo he llamado á Benedicto!

—¡Benedicto! ¿se bate, pues, con Benedicto? gritó María con acento agudo.

—¡Silencio! dijo Lord G.; y Vd., señora, ya viva ó muera mi hijo, sepa que siempre la consideraré como á su verdugo, y que no quiero verla más bajo mi techo.

El anciano salió del aposento.

Cármen cayó desplomada sobre las almohadas, y Arabela, muda, inmóvil, no pensó en acudir á su socorro.

El terrible drama que se desplegaba ante su vista la tenia yerta de asombro.

María, la débil María fué la que hizo allí alarde de más fortaleza.

—Tía, dijo acercándose á Arabela, es preciso saber al instante cuál es el sitio del duelo... pronto... es preciso evitar que se lleve á cabo...

—¿Pero qué duelo, hija mia?

—Ese... el de Osvaldo y Benedicto, en que van á matarse: ¿no has oído que lo ha dicho mi padre?

Arabela, aturdida, acongojada, no acertaba á responder: tantas emociones sucesivas, eran demasiadas para su pobre y fria imaginacion.

María echó á correr hácia la habitacion de su hermano, que halló cerrada: al pasar por el corredor oyó decir á su ayuda de cámara, que hablaba con otro criado antiguo de la casa:

—Nada hay más positivo: el duelo es al rayar el alba en las tapias del Retiro.

—¡Al rayar el alba! repitió María; son las doce... á las cuatro se ve... tengo tiempo de llegar.

Y se lanzó á la calle sin más traje que su peinador de muselina y sus chinelas de tafilete.

Una lluvia fina empezaba á caer: María no la vió; pero ya habia andado algunos pasos por la acera, cuando se dijo como hablando consigo misma:

—¡No, no! es demasiado temprano.

Volvió á subir á su casa, y se sentó de nuevo á la cabecera del lecho de su madre, que es-

taba sumergida en una inmovilidad completa.

María clavó en ella sus tristes ojos, en los que ardía una ráfaga de delirio; la desgraciada niña sentía desvanecerse su cabeza.

Cármen estaba inmóvil y pálida: sus ojos hundidos se veían circuidos por una aureola violada: á través de su aniquilamiento, se advertían los estragos de su horrible dolor.

Tres horas pasaron en el silencio y la agonía.

Un reloj dió las tres, y María alzó los ojos al horizonte, que ya empezaba á clarear con una faja de blanca luz: la jóven se levantó, estampó un beso en la frente de su madre, y salió de la estancia.

Atravesó un corredor, y fué á escuchar á la puerta de la estancia de Osvaldo: éste estaba levantado, y se paseaba por ella, preparándose sin duda para ir á la cita mortal.

María bajó la escalera: el alba empezaba á asomar, pero la puerta estaba aún cerrada.

La pobre niña tocó á la ventanilla del portero, y éste, sabiendo que el primer criado que salía le pedía así que abriese, tiró de un cordón, sin levantarse de la cama, y la ventana se abrió.

—A la derecha está colgada de un clavo la llave, dijo el portero: anoche las cambié de sitio; es la mayor: en abriendo, tráigala usted otra vez, como todos los días.

María abrió, y se lanzó á la calle á todo correr, y sin cuidarse de volver la llave á

su sitio, según las instrucciones del portero.

Algunos trabajadores que habían madrugado mucho, y algunas lecheras de los pueblos vecinos, veían correr á aquella jóven vestida de blanco, con un secreto terror.

Llegó por fin al sitio del combate, sin haber visto que detrás de ella fuese ningún coche que pudiera conducir á Osvaldo: esto la dió esperanzas, y la hizo recobrar algún valor.

Allí no había nadie todavía: la pobre jóven tendió sus ojos enderredor suyo, y nada vió: se sentó á una orilla del camino, y esperó en medio de la mayor ansiedad.

Pero sus sienes zumbaban; apenas veía, y de cuando en cuando pasaban nubes espesas por delante de sus ojos.

Su corazón palpitaba, hasta querer salirsele del pecho, y algunas veces le subía la sangre á la cabeza, y parecía ahogarla.

Así pasaron algunos minutos: por fin oyó el rumor de un coche que se acercaba rápidamente, y que se detuvo cerca de ella.

Abría ya el cochero la portezuela, cuando se oyó acercar otro carruaje.

El primero era de alquiler, y conducía á Benedicto.

El segundo era una magnífica berlina, y conducía á Osvaldo.

De cada uno de los dos carruajes, bajó otro personaje, además de los dos combatientes: eran

los testigos, cada uno de los cuales llevaba una caja de pistolas.

Los dos adversarios ni aun se saludaron: en sus miradas brillaba á la débil claridad de la aurora, un ódio profundo.

Anduvieron diez pasos, y se volvieron cada uno con una pistola en la mano.

Los testigos, que ya habian cumplido todas las tristes formalidades de semejantes casos, dieron la señal, y cada uno apuntó á su enemigo.

Los dos tiros salieron á un tiempo, pero ninguno de ellos llegó al objeto á donde iba dirigido.

Los dos hirieron á una figura blanca y aérea, que apareció de repente, y se lanzó en el breve espacio que separaba á los dos combatientes, con la rapidez del rayo.

Era María: oculta detrás de un grupo de árboles, hizo su última oracion, y se lanzó en medio de las armas mortíferas que amenazaban la vida de su hermano y la de Benedicto.

La jóven cayó al suelo bañada en su sangre: tenia una bala en el pecho, y otra en el costado.

Oswaldo y Benedicto arrojaron las armas fatales, y se lanzaron hácia ella.

Un grito de horror se escapó de los labios de entrambos.

—¡Socorro! gritó Benedicto con acento ahogado y desgarrador.

¡Pronto mi coche! dijo á su vez Oswaldo, con voz de mando: conduzcámosla á casa: quizá no sean mortales sus heridas.

—Hermano mio: murmuró María con voz débil; no hagas que me muevan, por que moriré al instante, y tengo que hablarte... escucha prosiguió incorporándose con trabajo, y tú tambien, Benedicto... cualquiera de los dos que hubiérais muerto, hubiera muerto yo tambien... así he querido que mi muerte os salve á los dos... sed hermanos... dejad de aborreceros... y no hagais que se pierda mi sacrificio; la sangre que he derramado, y con la que he querido lavar vuestros ódios.

Calló María: la palidez de la muerte cubrió con sus sombras aquel semblante angelical, y su hermano levantó su cabeza con suavidad, y la colocó sobre sus rodillas.

—Solo siento mi madre... y Benedicto... prosiguió la jóven: mi madre, que habia depositado en mí todas sus esperanzas de dicha... respétala, Oswaldo... protégela... y dile... que viva para *rogar á Dios por los vivos y difuntos*. Por vosotros, que seguís aun cruzando el árido camino de la vida: por mí... que por salvaros, he dado la mia, que era de Dios.

Hubo unos instantes de silencio, durante los cuales se oian los sollozos de Benedicto, y el ronco gemido que de cuando en cuando se escapaba del pecho de Oswaldo: aquel hombre fuer-

te, orgulloso, indomable, estaba quebrantado.

—¡No llores... no te desconsueles! dijo María poniendo su helada mano sobre la cabeza de Benedicto: de ningún modo... podía haber vivido á tu lado... si hubieras muerto á mi hermano, jamás me hubiera casado contigo: si te hubiera muerto él, yo... no hubiera podido sobrevivirte... te voy á esperar allá arriba... ¡Adios!...

Moviéronse aún sus labios, pero no produjeron ya ningún sonido: oraba: sus grandes ojos, elevados al cielo, se iluminaron con una plácida y dulce luz, y un rayo del sol naciente bañó su angelical figura, disipando su palidez.

—¡Dios mio! murmuró: dame tu perdón... ¡y recíbeme en tu misericordia!...

Fueron sus últimas palabras.

Incorporóse, miró con ánsia á Benedicto, le señaló el cielo y volvió á desplomarse sin vida.

XI.

Un mes después, Lady G, convaleciente apenas de su enfermedad, se retiró á un convento de Cádiz, su patria: su negro cabello se había vuelto blanco como la nieve, y esto á los treinta y tres años de edad.

Lord. G. perdió el juicio, y Osvaldo le llevó

á su país, y no le abandonó un instante durante los tres años que vivió entregado á una demencia silenciosa y triste. Miss Arabela siguió siendo el ángel guardian de la familia. Lord G. de cuando en cuando inclinaba los ojos al suelo, y un dolor agudo se pintaba en sus facciones: entonces corrían por sus marchitas mejillas arroyos de lágrimas, y murmuraba:

¡María!... ¡hija mia!... ¡yo soy, yo solo, la causa de tu muerte!...

Cinco años más tarde, un joven sacerdote se embarcaba para las misiones de la India: era moreno, con hermosos ojos negros, y tenía su figura un sello de profunda é incurable melancolía.

Ya en alta mar, volvió los ojos hácia las costas de España: sacó de su seno el retrato de una niña rubia que podría tener diez años, y lo llevó á sus labios, llorando y dejándose caer de rodillas.

Era Benedicto, que perdida su dicha en la tierra había vuelto á Dios, ese gran consolador, los ojos de su alma.

Cármen tan solo vivió un año: y todo este tiempo le pasó en oración sobre las losas de mármol de la iglesia del convento, rogando á Dios con lágrimas del corazón por los vivos y los muertos.

FIN.